

La exclusión

Hugo E. Herrera



Años atrás un grupo de académicos y jóvenes universitarios reparó en la necesidad de actualizar el pensamiento de izquierda. Pensó la revolución, pero por medios pacíficos. El más pacífico de todos: la deliberación. Estimaban que el mercado aliena a las personas, las vuelve egoístas, es “el mundo de Caín”. Que, en cambio, cuando deliberan, se hacen generosas. Entonces, infirieron, si se prohíbe al mercado de áreas enteras de la vida social y se favorece la deliberación política, se producirá una reeducación de las personas. De la alienación pasarán a la generosidad. ¿Qué ocurre, empero, si alguno no se convence en la deliberación o duda? Esa actitud disfuncional es declarada “posición inaceptable”.

La propuesta, establecida en sede jurídica y racional, iluminó a parte del Frente Amplio, a contingentes de jóvenes que fueron a hacer estudios al extranjero, que formaron partidos. Que se pensaron mandados por la historia para producir la reeducación del pueblo según el ideal de excelencia moral. Todavía en agosto del

año pasado Giorgio Jackson se jactaba de encarnar “una escala de valores y principios” superior a otros sectores y a la propia generación anterior de la izquierda.

La moralización de la política es compleja, pues sobre su base se vuelve justificable la discriminación: allá ellos, los impuros, alienados, egoístas, la “posición inaceptable”; acá nosotros los impolutos, los auténticos.

Hubo otros factores, pero la moralización fue una de las bases de la operación de la izquierda en la Convención-1. Se intentó aprovechar un triunfo electoral circunstancial para avanzar de modo excluyente hacia

un proyecto que marginaba a todo un sector político, social y cultural, a la mitad de Chile. La reacción popular fue rotunda: el 80 por ciento de apoyo en el plebiscito de entrada a la nueva Constitución se transformó en un 62 por ciento de rechazo en el de salida. La izquierda se infirió la peor derrota democrática en su historia completa.

La derrota tiene responsables políticos: los ideólogos de cátedra, los jóvenes

frenteampelistas, las cabezas detrás de una idea moralizante de la política. Aún hoy se niegan a admitirlo, escudándose en todo tipo de explicaciones implausibles. El hecho es que el domingo último las izquierdas sufrieron una segunda derrota histórica, quedando por segunda vez bajo el cuarenta por ciento de los votos.

Hoy los partidos de derecha cuentan con un 56,5 por ciento del electorado (el resultado total exige considerar al PDG y los votos nulos) y con una representación en la Convención que les permite producir el proyecto que quieren.

Tienen, sin embargo, la responsabilidad de parir una carta fundamental que sea aprobada en el plebiscito de salida. La condición de posibilidad del cumplimiento de la tarea, la única en la que no pueden fallar, es que la carta propuesta sea inclusiva, un verdadero símbolo de la unidad de la república. Precisamente, lo que, en su precariedad moralizante, la izquierda académico-frenteampelista fue incapaz de conseguir.

“La condición de posibilidad del cumplimiento de la tarea, la única en la que no pueden fallar, es que la carta propuesta sea inclusiva”.

El desafío republicano

Ignacio Imas A.

Gerente de Asuntos Públicos
Imaginacion



El escenario que terminó de configurarse este domingo 7 no se lo soñaba el propio Partido Republicano. Son los grandes ganadores, ¡qué duda cabe!: concurren a una elección sin pacto mediante y por sí solos casi obtienen el 50% del Consejo; le ganaron la hegemonía a la derecha tradicional, y son el partido más votado del país; por consiguiente, sólo cuentas alegres para una tienda política que no alcanza a tener cuatro años. Pero como dicen por ahí, un gran poder conlleva una gran responsabilidad, y José Antonio Kast con los suyos deberán responderse varias preguntas.

En primer lugar, deberán resolver el cómo llevarán adelante el proceso constituyente. Son la fuerza hegemónica y por sí solos pueden bloquear propuestas de norma si así lo desean. No fueron parte del Acuerdo por Chile de diciembre de 2022, pero sí participaron en la elección de consejeros y les fue bien. Ahora tienen

el peso del éxito o fracaso de este proceso, y con ello la obligación de darle al país pruebas de gobernabilidad. Mostrar que, sea cual sea el contenido, esto no se trata de un revanchismo, que no existirán excesos como en la Convención y que esperan darle al país una nueva Constitución.

En segundo lugar, y tal vez sea lo más complejo porque no dependerá únicamente de ellos mismos, es que se logre aprobar al menos una reforma previsional. Si Kast desea ser presidente en un par de años más, debe entender que no puede arrastrar hasta su futura gestión un tema que venimos postergando por más de una década. Claro, como sus votos no son los mismos que en el Consejo, deberá dialogar con Chile Vamos para abrir espacios de negociación con el Ejecutivo. Esa construcción de puentes deberá tener como base que tienen asegurada la próxima presidencial,

pero también, comprender que sin la UDI, RN, y Evopoli no pueden gobernar. Los republicanos no pueden repetir el error del Frente Amplio, que optó por destruir a la centroizquierda sin medir las consecuencias futuras.

Kast y los suyos deben ser ávidos, y no caer en las tentaciones egocéntricas a la cual están enfrentados permanentemente los políticos.

Llegaron a la cúspide en pocos años, lo difícil será mantenerse en ese sitio cuando del otro lado tenemos una ciudadanía cada vez más compleja de leer. Tienen el manual de lo que no se debe hacer bastante fresco en el actual oficialismo, específicamente en Apruebo Dignidad.

Si Kast hace tan sólo un año y medio fue derrotado, hoy tiene la coyuntura de lograr transformar a su ideario en algo mayoritario, en un Chile que durante los últimos meses se pensó le sería esquivo.

“Llegaron a la cúspide en pocos años, lo difícil será mantenerse en ese sitio cuando tenemos una ciudadanía cada vez más compleja de leer”.

Jorge Marín
Head hunter



Parece que está amaneciendo

Aparecen luces de la mañana luego de una noche larga y turbulenta. De esas que uno espera que terminen pronto. Algunos sonidos avisan que el país se pone en marcha. Es momento de levantarse y empezar con ánimo a trabajar. Volvemos a tener la oportunidad de escribir bien nuestro futuro, pero eso depende de la voluntad de todos. Ahora es tiempo de proponer una Constitución lógica, que modernice la actual, pero que fundamentalmente le entregue a cada chileno la seguridad de un marco que respeta los derechos y a la vez le exige deberes de sana convivencia.

Depende de cada uno de nosotros mantener el cielo despejado de nubes. Sin embargo, para ello, quienes nos gobiernan deben dejar atrás sus trincheras. Es complicado cuando piden generosidad y acuerdo, pero no quieren asumir que Chile dijo claro que quería algo distinto a sus ideas —muchas de ellas muy sesenteras. Los llamados a “lleguemos a acuerdo, sean generosos, pero yo no cambio mis definiciones”, parecen difíciles de aceptar. A su vez, los ganadores deben saber administrar la victoria. La tentación del triunfalismo y de “llevarse la pelota para la casa” pueden ser grandes, pero basta mirar poco tiempo hacia atrás para entender que una batalla mal administrada, sin mirar el largo plazo, puede ser un búmeran muy difícil de controlar.

Los empresarios, seamos emprendedores, pymes o grandes corporaciones, también tenemos una gran responsabilidad en esta coyuntura, que es seguir en lo nuestro, produciendo más y mejor. Construir reales sociedades con nuestros colaboradores y ser leales con los consumidores. Somos el motor de la economía, sin nosotros y nuestra gente el engranaje del país no funciona. Cuando está amaneciendo tenemos la obligación de reforzar nuestro aporte actuando con una agenda de país, sin mezquindad, ni avaricia desmedida.

Hablar de “la gente” es un concepto vacío, no significa nada. La “gente” son personas, somos todos nosotros. Por ello, cuando el cielo muestra algunos claros, tenemos la obligación de no dejar pasar la oportunidad y tener un solo norte, lograr el bien común de esa “gente”, o sea, de cada uno de los chilenos, para volver a mirar al cielo con esperanza.